

—Yo he alcanzado tu perdón de mi padre, dijo la amable niña; pero ten cuidado, porque mi padre dice que abusas de su paciencia: no dejes el trabajo antes de la hora señalada por ir á ver á Elisa: ¿No vais á casaros pronto?

—Dentro de un mes, señorita.

—¿Por qué, pues, esa impaciencia por verla, si dentro de breve tiempo será tuya para siempre? No pagues con ingratitud á mi buen padre, Daniel; aunque os quejáis de su carácter, ya ves cómo yo alcanzo siempre que sea con vosotros humano y generoso.

Daniel besó la mano de Josefina, y salió al campo en dirección á la choza de su anciana madre, donde Elisa le esperaba sin duda, llorando por el castigo que le amenazaba.

Josefina volvió al lado de su madre.

Allí, apoyada su cabeza en el regazo de la buena señora, le contó cuanto había pasado durante los días que había estado sin verla, le enteró de sus inocentes ocupaciones, y le habló de las labores que tenía proyectadas, de las limosnas que había hecho, y de las flores que cultivaba.

Porque Josefina tenía una verdadera pasión por las flores: en el jardín de su tía, un inmenso parterre estaba dedicado á sostener las flores más delicadas de los trópicos, los arbustos más raros, y las plantas más extrañas y más bellas.

Dos esclavos inteligentes en el ramo de jardi-

neria eran los encargados de aquel pequeño oasis, que daba cada día una rica cosecha de flores para embalsamar, no sólo el aposento de Josefina, sino el salón y la sala de labor, donde ella pasaba muchas horas del día entregada á sus labores y al cultivo de la música y de la pintura.

Así se deslizaba la bella, inocente y poética existencia de aquella niña.

III.

Un año apenas habia pasado desde los sucesos que acabamos de referir, y que, según creemos, han dado á conocer algún tanto el carácter de Josefina, cuando llegó á San Pedro un elegante joven, que se anunció con el título de vizconde de Beauharnais.

Todas las familias notables de la colonia se apresuraron á abrir las puertas de sus casas á aquel gallardo caballero, que llegaba de París con excelentes cartas de recomendación.

Una de estas cartas le abrió también la casa de Mr. Tascher, donde fué recibido sin etiqueta alguna, pues el estado de la esposa de aquél no la permitía.

—Mucho vais á echar de menos á París el tiempo que permanezcáis entre nosotros, señor

vizconde, dijo madame Tascher, con la dulce amabilidad que le era habitual: aquí carecemos casi por completo de diversiones: la industria ocupa el tiempo en su totalidad, y puede decirse que vegetamos: apenas tenemos afán por enseñar á nuestras hijas aquellas habilidades de salón que hacen agradable á una joven, y puede decirse que su instrucción es puramente casera.

—Por cierto, señora, repuso el vizconde con galantería, que no sentiré la diferencia que indudablemente hallaré entre las jóvenes de aquí y las de París; allí es tan superficial su educación como su carácter, y la libertad de las costumbres ha llegado ya á desprestigiar, no sólo la palabra *amor*, sino hasta el noble sentimiento que lleva el mismo nombre.

—Acaso pensáis así, señor vizconde, porque no habéis amado todavía.

—Acaso es verdad, señora: el amor lo ennoblece todo, y hasta el mismo sitio en que nace.

—Tenéis razón: aquí hallaréis demasiada gravedad y también saldréis ileso, por lo que toca á las heridas de amor.

—¿Dónde, pues, me aconsejáis que vaya á casarme, mi querida señora?

—A España, donde las mujeres son á la vez graves y tiernas, apasionadas y dignas; pero no me pidáis consejo ni le toméis, porque os casaréis donde quiera que améis. ¿Podréis honrar mañana

nuestra mesa? Deseo presentaros á mi hija Josefina y á mi hermana madame Renaudín.

—Vendré sin falta, señora, dijo el vizconde, inclinándose graciosamente y levantándose al instante; pues aquella invitación daba á conocer que se había terminado la visita.

En efecto, la actitud que había tomado madame Tascher era la de despedida; pocas mujeres en el lastimoso estado en que aquella dama se encontraba, hubieran podido ostentar más rara y exquisita dignidad, y unas maneras más escogidas y más elegantes.

Era una señora que imponía á la vez el respeto y el amor, y cuyo atractivo era irresistible: todo en ella era adecuado á la ocasión, noble y dulce á la par, digno y afable: sus bellos ojos, que la enfermedad no había podido apagar, sonreían con una dulzura infinita; en la postura de su cabeza y en sus maneras había también algo de ave y de hada, y la misma enfermedad que padecía la hacia parecer más interesante.

Por lo que respecta al vizconde, muy pocos hombres podían comparársele: era alto, moreno, y su fisonomía respiraba un noble orgullo y una dulzura extraordinaria; vestía con exquisita elegancia, y sus modales, sueltos y llenos á la vez de gracia y naturalidad, tenían un atractivo irresistible.

El vizconde, cuyo nombre era Eugenio, había

oído hablar de Josefina, á la que desde la predicción de la gitana sólo se le llamaba la *Reinecita*: cuando fué á casa de sus padres y no la vió, sintió, sin darse cuenta del porqué, una gran contrariedad.

Aquella misma tarde, y dando un paseo á caballo, pasó por delante de la elegante verja de hierro que cerraba el lindo palacio de madame Renaudin.

Llegábase á él por una calle de tilos y seculares encinas, cuyo follaje era tan espeso que formaba arcos de verdura, en los que el sol no lograba jamás penetrar: un claro y abundoso río, guarnecido de cañaverales, corría murmurando y besando cariñosamente las flores de la ribera: al frente de esta frondosa avenida, se elevaba el edificio, al que prestaba guardia de honor una fila de estatuas de mármol blanco, en los que se enlazaban flexibles ramas de verde yedra.

Si fuera de la verja de hierro era todo soledad, frescura y silencio, el interior se asemejaba á un paraíso en miniatura: bosquecillos, cascadas, flores, pájaros extraños, y todo lo que la naturaleza unida al arte puede dar al hombre, se reunía allí para encantar la vista y el pensamiento.

El vizconde de Beauharnais era poeta, en toda la extensa y sublime acepción de esta palabra.

Comprendía y cultivaba la poesía escrita, lo mismo que pintada en un buen cuadro, lo mismo

que encerrada en una melodía: en un hombre tan completo, esta espléndida y triple poesía no era sólo lo que se llama talento: era la expresión armoniosa de la alegría pura y serena de la juventud, era el grito profundo de dicha de la criatura, que sintiéndose buena, fuerte y dotada de una alma grande, se eleva hacia su Criador para darle gracias en continuos cantos de alabanza.

Aquel bello y tranquilo cuadro le conmovió profundamente, y comparó la majestad, la apacible belleza del paisaje que tenía delante, con el recuerdo que guardaba de los salones de París.

Su alma parecía entreabrirse á sensaciones desconocidas: su pecho se dilataba para aspirar aquellos gratos y penetrantes perfumes: sintió en sí mismo la plenitud de la vida y del pensamiento, y una lágrima brilló en sus ojos, que se elevaron al cielo para dar gracias á Dios de la dicha inefable que sentía.

En aquel momento oyó tras de las cortinas de verdor y de flores que se veían en el interior de los jardines, oyó, decimos, un canto de una melodía y de una pureza infantiles.

Era una canción sencilla: una balada algo monótona, pero llena de dulzura y de sentimiento.

En la situación de ánimo en que se hallaba Eugenio, aquel canto debía causarle una profunda impresión, y así sucedió; detuvo su caballo, le ató á un alto sicomoro y se aproximó á la verja, te-

miendo apagar con el ruido de sus pasos la melodía encantadora que llegaba á sus oídos.

La voz se iba acercando: se conocía que la persona que cantaba se aproximaba cada vez más, y que se movía, á juzgar por las interrumpidas modulaciones de su voz: en efecto, pocos instantes tardó en ver á una joven que cortaba flores en tanto que cantaba.

Cuando hemos dicho una joven, acaso no hemos hablado con la necesaria propiedad: más bien parecía una niña, y esto fué lo que pareció á Eugenio.

Era Josefina: aunque ya contaba quince años y medio, su estatura, más bien pequeña que alta, y la gracia infantil de sus formas, la hacían aparentar menos edad de la que en realidad tenía.

Vestía, según su costumbre, de blanco: y aquel día, su cinturón y el lazo que sujetaba su rizada cabellera negra, eran de raso color de oro. Ignorando que la contemplaban, seguía con su canto y su tarea, y al inclinarse para cortar las flores, su traje dejaba ver sus pies enanos, calzados con zapatitos de raso del color del cinturón, y la entrada de una pierna hecha á torno.

Al dar una vuelta, su mirada se halló con la del vizconde, que tenía su cara pegada á los hierros de la verja.

La señorita Tascher se puso encarnada como una cereza: detúvose, y las tijeras rodaron de su mano al suelo.

Eugenio seguía inmóvil, arrobado y mudo: hay situaciones en la vida que son indescriptibles, y aquélla era una.

En la disposición de ánimo en que el vizconde se hallaba al oír la voz de Josefina, cualquiera canto de mujer le hubiera parecido de una dulzura celestial: y el puro y dulce acento de la niña halló un eco profundo en su corazón.

La vista de aquella graciosa aparición acabó de transportarle á las regiones de la poesía, y sus ojos permanecieron fijos en Josefina con una atracción irresistible.

La señorita Tascher alzó al fin los ojos y los elevó tímidamente hasta los ojos del vizconde, que seguía mirándola siempre con la misma fijeza: ambas miradas chocaron, y puede decirse que sus almas se juraron en aquel beso mudo, pero elocuente, una eterna unión.

Después de aquella mirada involuntaria y suprema, Josefina recogió sus tijeras y echó á huir, como espantada de lo que sentía dentro de sí misma.

Ya había desaparecido hacía algunos minutos, y aun la veía Eugenio delante de sus ojos.

Cuando la luz del crepúsculo, tan bella en aquellas colonias, se extendió por la campiña, cuando las primeras estrellas empezaron á bordar el firmamento, el vizconde, embriagado con los perfumes que se desprendían de los árboles y de las flores, y

más aun con las sensaciones que hervían á la vez en su cerebro y en su corazón, pasó la mano por sus ojos y se dirigió lentamente á desatar su caballo.

Ya había montado é iba á alejarse, cuando la puerta se abrió, y un negro joven salió al camino volviendo á cerrar tras sí.

—¿Podríaís decirme quién habita esta bella casa?—le preguntó el vizconde.

—Sí, mi amo—respondió aquél;—la habita la señora Renaudin y su sobrina.

—¿No es hija suya la joven que la acompaña?

—No, señor: es hija de Mr. Tascher, uno de los hombres de genio más duro de la colonia, pero la ha educado su tía; la niña se llama Josefina, pero aquí todos le decimos desde hace un año *la Reine-cita*.

—¿Y por qué?

—Porque una adivina le dijo que sería más que reina: ¡Ojalá fuera así, pero ojalá también fuera reina de esta colonia!

—¿Tanto la queréis?

—Como que es nuestro ángel tutelar: ella alcanza siempre el perdón de los pobres esclavos: ella socorre á los indigentes, á los viejos y á los enfermos: ¡Nosotros la adoramos, señor! Pero se hace tarde... Adiós, mi amo...

Eugenio puso una moneda de oro en la mano del negro, y se alejó.

Hubiera él pagado aquellas noticias con la mitad de su vida.

IV.

No es posible imaginarse, á no tener un temple de alma semejante al del vizconde, con qué impaciencia esperó éste el día siguiente.

Iba á comer en compañía de Josefina en casa de los padres de ésta: iba á hablarla y á oírla hablar.

Para los lectores que estén dotados de una imaginación ardiente y apasionada, es inútil decir que Eugenio no durmió absolutamente nada en toda la noche.

A los que estén más felizmente dotados, les aseguramos que no logró ni un instante de reposo, y que si alguna vez cerraba los ojos, era para ver sin cesar la dulce imagen de Josefina, que ora le sonreía, ora le hablaba con infinita dulzura.

No puede decirse que lo que experimentaba el vizconde fuese una verdadera pasión, ni tampoco la primera pasión de su vida, y acaso era su imaginación, poderosamente excitada por la belleza del país, lo que tomaba más parte en la situación de su ánimo: porque las pasiones súbitas son siempre hijas de la imaginación, y sólo cuando el trato ha descubierto las amables cualidades del carácter ó del talento, es cuando toma parte el corazón.

Eugenio era uno de los hombres más afortunados con las mujeres que el galante París de entonces conocía; idólatra del sexo en general, había tenido infinitos amores, más felices unos que otros, pero que ninguno había sido largo ni desgraciado.

La atracción, pues, que experimentaba hacia la señorita Tascher, no era más profunda que la que había sentido por otras muchas mujeres: la hallaba bonita, simpática, y la situación en que la había visto, soñando él en las regiones ideales, no podía ser más á propósito para hacerle soñar á la vez en el amor de Josefina.

Pero, fuera efecto de su imaginación ó de una predisposición natural á desear un amor verdadero y puro, el vizconde esperó con ansia la hora en que podía ir á casa de Mr. Tascher, según el convite que el día anterior había recibido de su esposa.

Serían las cinco de la tarde cuando el vizconde terminaba su tocador, que había empezado á las tres.

Jamás su ayuda de cámara se había visto tan apurado para darle gusto al vestirlo. Eugenio poseía una elegancia natural, que hacía innecesarios los cuidados minuciosos, y su carácter varonil era además enemigo de toda afeminación.

Pero aquel día, el deseo de agradar era tan fuerte en él, que desechó dos trajes de una elegancia irreprochable, y eligió uno que aun no había estrenado.

Aquella zozobra pueril, que tenía su base en el deseo de agradar y en el temor de no lograrlo, encendía la sangre del vizconde, animaba el moreno color de sus mejillas, y hacía arder en sus ojos una llama inusitada que les prestaba más vida y mayor animación.

Perfumado, elegante, y más interesante que nunca, salió Eugenio de su casa para dirigirse á la del padre de Josefina.

Su corazón palpitaba aceleradamente, y cuando entró en el salón, le pareció que la luz faltaba á sus ojos.

El interior de aquella morada era mas bien cómodo que suntuoso; notábase la ausencia de la mujer, porque madame Tascher, agobiada por sus dolencias, de nada podía cuidarse: así puede decirse que la severidad inglesa que reinaba allí, contrastaba con el risueño y poético aspecto del palacio ocupado por madame Renaudín.

Un criado anunció, levantando una cortina de brocatel:

—¡El señor vizconde de Beauharnais!

Y todos los ojos se volvieron al recién llegado. Empero sólo unas mejillas se cubrieron de carmín. Las de Josefina.

Hallábase la joven sentada en un taburete á los pies de su madre, y ésta pasaba sus dedos afilados por la enfermedad entre los anillos de ébano de aquella cabecita infantil.

Josefina tenía en la mano una flor de magnolia, y entretenía sus afilados y blancos dedos en deshojarla lentamente.

Vestía su invariable traje blanco, aquel día más fino y ricamente bordado: un ancho cinturón de seda de colores vivos se anudaba como una banda oriental en su gracioso talle, muy alto, según la moda de aquel tiempo, que es también, con poca diferencia, la que rige en nuestros días.

La falda del traje, corta y estrecha, dejaba ver una media de seda, y sus piececitos, calzados admirablemente con unos botines de raso carmesí, que era el matiz dominante en la banda que ceñía su cintura.

Rodeaba su cuello una cinta de terciopelo, y de ella pendía un medallón guarnecido de corales y perlas; sargas de corales se entrelazaban en sus negros cabellos, y de corales eran asimismo sus pendientes, sus brazaletes y su peine, que sustentaba graciosamente el alto edificio de su peinado.

El traje de Josefina, hecho corto, y moderadamente escotado, según costumbre, dejaba ver su cuello y la entrada de su espalda y hombros, todo de un dibujo verdaderamente encantador.

Cuando el vizconde entró, Josefina volvió la cabeza: se levantó, hizo una graciosa cortesía, y ocupó de nuevo su asiento á los pies de su madre, volviendo, para ocultar su turbación, á deshojar la magnífica y perfumada magnolia que tenía en la mano.

El vizconde se acercó, tomó la diestra que le alargaba madame Tascher, y la besó con la expresión de una tierna y respetuosa galantería.

En seguida se inclinó para saludar á Josefina, que encarnada como los corales que la adornaban, apenas se atrevía á levantar los ojos.

—Sentaos aquí á mi lado, vizconde—dijo madame Tascher—cuando Eugenio hubo saludado á todos los parientes, inclusa madame Renaudín, que ocupaba un sillón cerca de la ventana; venid junto á mí, y decidme si os gusta este país, del que nunca he salido, y del que no deseo salir.

—Debo ante todo ser franco con vos, señora—respondió el vizconde, que aunque hablaba con la madre, no separaba los ojos de la hija;—debo ser franco con vos, y deciros que París no tiene igual en el mundo.

—Lo creo—exclamó con ímpetu monsieur Tascher:—en ninguna parte se vive con más intranquilidad, ni hay tantas convulsiones políticas; ahora mismo os halláis sobre un volcán, señor vizconde.

—No lo niego—repuso Eugenio;—se están preparando acontecimientos muy importantes, y quizá muy terribles; pero esa es la vida, y yo la prefiero á la calma absoluta.

—¿Os cansa, pues, la tranquilidad?—preguntó madame Renaudín.

—Mucho, señora: en ninguna parte hay más

calma que en un cementerio, y ya veis que nadie querría pasar en él su vida.

Esta salida hizo sonreír á Josefina, que tenía talento y penetración.

—Por lo demás—continuó Eugenio—nada hallo tampoco preferible á París: la inteligencia reina allí como dueña absoluta, y parece que se vive doblemente.

—Todo eso quiere decir que no os agrada este país, ¿no es cierto?—preguntó madame Tascher.

—No, señora: para estar lejos de París, no se puede hallar otro más bello.

Y al decir estas palabras, el vizconde fijó sus ojos en el lindo semblante de Josefina.

Un criado anunció que la comida estaba servida; el vizconde hizo rodar por sí mismo el sillón de madame Tascher hasta el comedor, con una gracia y un cuidado que tenían mucho de filiales, y después, ocupando un sitio al lado de la buena señora, la colmó de atenciones toda la comida.

De cuando en cuando dirigía una mirada á Josefina, que quería decir:

—A vos va dirigido esto.

La joven se ponía encarnada y bajaba los ojos, diciendo con esta muda respuesta:

—Ya lo comprendo.

De esta suerte, al acabar la comida, sus almas estaban identificadas, y sabían que se amaban, como si se lo hubieran estado diciendo un año entero.

Una nueva vida brillaba en los ojos y en las graciosas facciones de la joven criolla: vibraban en su alma cuerdas desconocidas y mudas hasta entonces, y oía dentro de sí mismo ese himno incomparable que se llama *amor*, y que no tiene semejanza con ninguna otra melodía de la tierra.

Por la noche Josefina cantó y se acompañó con el piano y el arpa: ya conocía el vizconde la melodía de aquella voz, por haberla oído el día anterior en el jardín; pero de cerca le parecía infinitamente más fresca y más encantadora.

A las once, Josefina misma sirvió el té: al pasar por delante de Eugenio, le dijo éste en voz baja:

—¿Sabeis ya cuánto os amo?

—¡No! respondió la niña con una malicia encantadora, y pasó para ofrecer la taza á una dama.

Fué á tomar otra taza, y la presentó al vizconde sonriendo.

—¡Os amo más que á mi vida! dijo éste.

Josefina volvió á sonreír, y siguió sirviendo el té.

—¡Decidme que no os soy indiferente!—suplicó el vizconde, acercándose á ella así que le fué posible: decídmelo por favor.

—¡Mañana! repuso Josefina.

—A las seis de la tarde estaré apoyado en la verja del jardín de vuestra tía; ¡por favor, Josefina, no faltéis!

La joven le contestó con una leve sonrisa y con una mirada llena de turbación, y Eugenio, como para saborear su propia dicha á sus solas, fué á besar la mano de madame Tascher, y salió de aquella casa con el corazón lleno de las más bellas y risueñas esperanzas.

Al llegar al día siguiente á la verja, vió el traje blanco de Josefina.

Lo que á través de aquella verja se dijeron aquella niña de quince años, y aquel joven de veinticinco, puede calcularlo el lector ó lectora, si ha tenido esa edad, y si ha amado con fe y con ilusiones en el alma.

V.

El vizconde, tomada ya posesión de los bienes que había heredado en la Martinica de un pariente de su madre, hubo de volver á París, donde le llamaba su destino, pues era capitán de artillería.

Aquel amor que se había formado, bello y risueño, bajo la mirada tierna de la madre de Josefina y aprobado hasta por su severo padre, vió aflojado por la ausencia el dulce lazo que le sostenía: la separación fué la más cruel y dolorosa que se puede imaginar: Eugenio sufría más aun que la señorita Tascher, pues preveía la gran oposición que

su familia había de manifestar á su enlace con la joven criolla.

Aquella familia orgullosa y que pertenecía á la primera aristocracia, deseaba para Eugenio, adornado de tan relevantes cualidades, de tanto talento y tan bella figura, una alianza brillante, y no podía agradarle el que se uniese con una joven de nombre desconocido, y de una fortuna que no pasaba de mediana y que radicaba en las colonias.

Eugenio ocultó, sin embargo, sus temores para no afligir más á Josefina y á su buena madre: y después de haberlo dilatado todo lo posible, hubo al fin de fijar día para su salida de aquel delicioso país.

—Yo no volveré aquí, dijo; pero te llamaré mi adorada Josefina, y un lazo eterno nos unirá en París para siempre: si me fuera dado, vendría á buscarte: más es de todo punto imposible el que pueda dejar mi sitio en las actuales circunstancias.

La joven criolla lloró amargamente aquella ausencia; amaba por primera vez de su vida, y amaba apasionadamente: además, Eugenio merecía su amor, y le profesaba á la vez aquella estimación, base sólida de las grandes y nobles pasiones.

No sería fácil describir lo que sufrió Josefina hasta que llegó la primera carta del ausente: aquellas horas de espera y de agonía marchitaron las rosas de sus mejillas y el brillo de sus ojos: pálida